

MIRANDA DE LARRA, Jesús. *Larra. Biografía de un hombre desesperado*. Madrid, Aguilar Santillana Ediciones Generales, S.L., 2009, 442 pp.

Por Ignacio Bajona Oliveras.

Acaba de aparecer este nuevo libro apenas unas semanas (febrero 2009) antes del día 24 de marzo en que se cumple el segundo centenario del nacimiento del célebre escritor madrileño, y es de suponer que con tal motivo, a lo largo del presente año, la bibliografía sobre Larra se vea incrementada con nuevas aportaciones sobre su vida y su obra, con ser ya muchas las existentes en la actualidad. Aún así, tenemos noticias, por ejemplo, de que el profesor Joan Estruch, que en su día publicó las *Obras Completas* de Bécquer (Madrid, 2004), con una innovadora introducción general sobre la personalidad y obra del poeta romántico (vid. *Cuadernos*, núm.30. *Reseñas*, pp 1 y 2. Madrid, 2005.), está preparando también la obra completa de Larra. Esperemos ver pronto la publicación de tan laborioso trabajo. Actualmente y entre otras, contamos con la edición de sus *Obras Completas*, realizada por Carlos Seco en la Biblioteca de Autores Españoles (Madrid, 1960).

El libro que hoy nos ocupa es obra de un descendiente directo del mismo Larra, y ello permite al autor, aparte de su personal enfoque de la vida y obra de ilustre antecesor, disponer de unos cincuenta documentos gráficos que reproduce en un cuadernillo inserto en mitad de su libro.

El conjunto de la obra viene dividida en dos partes de parecida amplitud pero no por su contenido. La primera la dedica el autor a ofrecernos la biografía conjuntada con su diversa producción literaria, como poeta, autor dramático, periodista y crítico teatral que se da en principio a conocer con sus primeras y propias publicaciones, luego como colaborador y después como redactor de algunas de las más importantes revistas de su tiempo, ello antes y después de su viaje por Europa. También se ocupa nuestro autor de la fallida intervención de Larra en la vida política; del desilusionante panorama que le ofrece el país y finalmente su desesperado y trágico final. La segunda parte del libro la integran ocho Apéndices, seguidos de dos Índices.

Centrándonos particularmente en los X capítulos que forman la primera parte del libro, en los tres primeros, tras un muy breve repaso a la situación histórico

política de los primeros años del siglo XIX y una rápida visión del Madrid de la época, sirviéndose del testimonio legado por Mesonero Romanos, el autor del libro se ocupa del exilio familiar en Francia, del regreso a España y de los estudios de Larra en Madrid y en Valladolid; igualmente de sus primeros pasos como escritor y su vinculación con el Madrid de su tiempo, con su presencia en las tertulias más conocidas y su asistencia a los cafés en los que se reunían las personalidades más destacadas de la vida política y cultural, así como su asidua lectura de los periódicos más importantes del momento. Y también se detiene el autor que nos ocupa, muy brevemente, de la boda de Larra a sus veinte años con Pepita Wetoret, de la que el escritor reconocerá como a hijos suyos Luís Mariano y Adela.

Todo lo expuesto hasta aquí aparece muy a menudo contextualizado con los acontecimientos políticos de sus años jóvenes, con la relación con sus familiares — su tío Eugenio y en particular con su padre, al que siempre en sus cartas trata de forma muy respetuosa— y la abundante inclusión de textos periodísticos posteriores del propio Larra. Hay que hacer notar que tal forma expositiva utilizada por el autor en estos primeros capítulos, se repite en los restantes, alterando a menudo el orden cronológico y temático de su contenido, lo que evidencia una singular y personal manera de presentarnos a su biografiado. Teniendo, pues, en cuenta esta particular pauta, intentaremos destacar lo más destacable en los restantes capítulos de la obra.

En el siguiente capítulo —La poesía. *El Pobrecito Hablador*—. Se ocupa primero de su poesía. “Larra —afirma— no fue un destacado poeta”(p.73) pero nos recuerda que en verso compuso sus dos dramas históricos: *El conde Fernán González* y *Macías*. Y a continuación reproduce, en parte, su primer poema, la oda *A la exposición de la industria española del año 1827*, al que siguen también, en parte o en todo, unos catorce poemas más, que luego en su *Poemario* incluído entre los citados Apéndices, aparecen de nuevo junto a sus otras composiciones, con apenas alguna que otra nota y sin la precisa indicación de si fueron o no publicadas todas o en parte, hecho que el lector avezado encuentra a faltar. Y en el mismo capítulo se ocupa con detalle de la revista que Larra publicó a los 23 años, *El Pobrecito Hablador*, tras haber dado a conocer cuatro años antes, sus cinco cuadernos de *El Duende Satírico del Día* de los que con anterioridad se ha ocupado en el capítulo precedente incluyendo fragmentos de algunos de los artículos aparecidos en dicha publicación.

Y en el capítulo que les sigue, dedicado a Larra como autor dramático y crítico teatral, el libro que nos ocupa, luego de recordarnos que el drama *El conde Fernán González* nunca fue estrenado a causa de la censura y sí el *Macías* en 1834, y de ofrecernos el autor un breve panorama de la actividad teatral del Madrid de la épo-

ca, tras ocuparse de su más conocida comedia *No más mostrador*, estrenada en 1831 e inspirada en una pieza del dramaturgo francés Scribe, afirma que la “mayor contribución (de Larra) al teatro fue como crítico, donde pudo aportar su visión de la importancia y trascendencia del teatro y sus ideas sobre la vida española...”(p.109) A continuación se detallan buena parte de sus obras teatrales, sus traducciones y adaptaciones con sus correspondientes estrenos; su labor como crítico teatral colaborando en la sección de teatro de la revista *El Correo de las Damas*.

Pasando a los cuatro últimos capítulos del libro, cabe mencionar que en el VI el autor se detiene en las colaboraciones de Larra en la revista *Cartas Españolas*, publicación en la que comenzó a utilizar como firma su heterónimo *Fígaro*, que siguió empleando en adelante en la mayoría de sus artículos. E incluso llegó a proponerse publicar por su cuenta un nuevo periódico con título de *Fígaro*, con el que poder expresar con mayor independencia sus juicios y sus ideas reformistas y liberales, al margen de los dictados de los directores de los periódicos en los que colaboraba. El tal periódico no llegó a publicarse jamás, aunque sí escribió, a modo de prólogo, un “Prospecto” en el que exponía las ideas y propósitos de la proyectada revista.

Un breve esbozo sobre el movimiento romántico europeo y unas suscintas líneas sobre su aparición tardía en España, permiten al autor del libro, en el siguiente capítulo, referirse nuevamente a sus dramas románticos —*El conde Fernán González y Macías*— y a su novela histórica, *El doncel de don Enrique el Doliente*. Y a propósito de citar el estreno en 1834, en el madrileño Teatro del Príncipe, de su drama *Macías*, que Miranda de Larra estima inspirado en el apasionado amor que el escritor sintió por Dolores Armijo, el autor se ocupa de forma discreta de esta relación amorosa, al tiempo que también de su propia familia, de su separación de su esposa y de los dos hijos que Larra reconoció haber tenido con Pepita Wetoret —Luis Mariano y Adela— y de Baldomera, a la que nunca reconoció como suya. Todo ello acompañado de la reproducción de una serie de cartas, en muchas de las cuales puede advertirse el respeto y la responsabilidad que Larra manifestó siempre hacia su ex-mujer y la preocupación por sus hijos. Por cierto que —como se recuerda en el libro— su hijo Luis escribió un encomiástico prólogo sobre la figura y obra de su padre, en la edición que de *El doncel de don Enrique el Doliente* se publicó en 1852.

El viaje que Larra realizó por Europa en 1835 (Inglaterra, Francia, Bélgica y de nuevo Francia) y en particular su prologada estancia en París, ocupa el capítulo VIII del libro, en el que se cuenta como el escritor conoció en la capital francesa un ambiente más en sintonía con su talante liberal y progresista, y entabló relación con algunos de los autores franceses de su tiempo: Scribe, Ducange, Delavigne, Víctor Hugo, etc.; todo lo cual, como en los capítulos anteriores y los dos siguientes, viene atestiguado en distintas cartas que el autor del libro reproduce, en particular las

dirigidas a sus “queridos papás”, especialmente a su padre; y a su editor Manuel Delgado, así como que también incluye algunos fragmentos de artículos de Larra publicados en revistas españolas.

“Ilusión inicial y desesperanza política y vital” es el título del capítulo IX del libro en el que se exponen las sucesivas situaciones que reflejan la evolución del estado de ánimo de Larra tras su regreso a Madrid a finales de 1835. Primero el hecho de alcanzar ser redactor, con un espléndido contrato anual del nuevo periódico *El Español*, en el que publicó, entre sus primeros trabajos, su célebre artículo “Literatura”, considerado, como es sabido, como uno de los manifiestos a favor del romanticismo, entendido como libertad de expresión en todos los ámbitos. A ello le sigue la ilusión de poder intervenir en la política, puesto que a raíz de la caída del gobierno de Mendizábal y la entrada como primer ministro del moderado Istúriz, Larra decide presentarse a las elecciones para el Estamento de Diputados por la provincia de Avila, y consigue por fin obtener el acta de diputado a Cortes. Pero su ilusión por influir en la política de reformas del país quedó truncada bien pronto, sin poderse estrenar en las Cortes, puesto que el nuevo gobierno cayó a los tres meses, sustituido por el de Calatrava. De aquí parte su desesperanza política y paralelamente su decepción de acercarse a Dolores tras la pérdida de su anhelado escaño parlamentario por Avila. De nuevo sigue colaborando en *El Español*, en el que publicó su presagioso artículo “El día de Difuntos de 1836. *Figaro* en el cementerio” Y a finales del año inicia sus colaboraciones en los periódicos conservadores *El Mundo* y *El Redactor General*, escribiendo para este último, enterradas ya sus últimas esperanzas, su premonitorio artículo *La Nochebuena de 1836*, cuando, paradójicamente, Larra en aquellos momentos era el periodista mejor pagado de España.

Miranda de Larra en el postrer capítulo de su libro —“El final”—, apenas dedica un par de páginas a relatar el último día del malogrado escritor, dándonos a conocer los detalles de cómo pasó sus horas finales, aguardando ansioso la llegada anunciada de Dolores, pensando aún en la escasa posibilidad de rehacer sus relaciones con ella, pero ésta se persentó exigiéndole la devolución de sus cartas, sin que para nada le valieran a Larra sus súplicas. Tras este último episodio —conocido ya desde que Carmen de Burgos, *Colombine*, nos lo describió en su libro *Figaro* (1919)—, Larra —apunta el autor del libro— “Supo que el momento que en otras ocasiones había imaginado, e incluso deseado, había llegado. Supo que no había más allá. Decidió dar el último paso de su andadura solitaria (p.245).

A continuación el libro detalla el inventario judicial de todas las pertenencias, que se llevó a cabo al día siguiente del suicidio de Larra. Curioso inventario que ayuda a conocer la idiosincracia del escritor, sus hábitos, sus libros, etc. Después, sigue la ceremonia de su entierro en lugar sagrado, gracias a la intercesión de su vecino el

ministro de Gracia y Justicia. El resto del capítulo lo dedica el autor, primero a reproducir la carta que el tío Eugenio remite a su hermano, el padre de Larra, residente en Navacarnero ejerciendo de médico, en la que le explica detalladamente cuanto ocurrió en las horas anteriores al suicidio de su hijo, y las que siguieron después con la conducción de sus restos, acompañado de sus amigos y de su desconsolada mujer. Consabida, por otra parte, fue la presencia, en el acto del entierro, del joven Zorrilla, quien ante la tumba de Larra, recitó su conocida elegía (“Ese vago clamor que rasga el viento/ es la voz funeral de una campana...”) Además de informarnos luego el autor de los sucesivos traslados de los restos de Larra y de recordar los elogios que su persona y su obra mereció entonces y hasta nuestros días, se hace mención del célebre ágape que, con motivo de cumplirse el centenario de la muerte de *Figaro*, organizó Ramón Gómez de la Serna, sentando a su lado a *Colombine*.

Haciendo una breve relación de los ocho Apéndices que siguen a continuación, citaremos una tabla de la cronología de la época; una relación de la genealogía familiar de Larra; los estudios que este llevó a cabo en los diferentes centros docentes en los que se formó. A continuación se incluye el *Poemario* de Larra, que recoge unas treinta composiciones, la mayoría escritas entre 1827 y 1830, utilizando diversos metros y estrofas. Se incluye también en uno de los apéndices la documentación sobre la candidatura de Larra a las Cortes de 1836. Sigue otro sobre el ideario y la fraseología del escritor, sin que se mencione la debida procedencia de los textos elegidos, hecho ineludible. Por último, una bibliografía que, por una parte cita una serie de biografías y estudios que el autor del libro considera más importantes sobre la vida de Larra, relación que resulta incompleta, aunque en el Reconocimiento que encabeza el libro, se citan una serie de estudiosos y críticos a los que el autor agradece sus trabajos; y por otra parte —más interesante y amplia— que recoge toda la producción literaria de Larra, a la que añade los tres dramas que sobre su figura han escrito A. Buero Vallejo, F. Nieva y J. Ortega. Se cierra, por fin, el libro con dos índices imprescindibles para el lector: índice onomástico y de publicaciones.

En resumen, el libro resulta interesante y útil para quienes desean conocer más a fondo, sobre todo la personalidad de Larra, y de paso, poder tener a mano unos cuantos fragmentos de sus artículos, aparte de su obra poética. En cambio, no es una obra erudita, ni le acompaña aparato crítico alguno sobre la persona y obra del escritor. Principalmente, el libro pretende ser —según confiesa su autor— “un homenaje que permita exaltar la obra y la vida de este ilustre escritor español amante de la libertad y de la justicia para su patria, convencido europeo, adelantado generador de ideas, maestro del periodismo y excelso prosista”. (pp.15-16).

ROMERO PEÑA, María Mercedes (ed.). *Las tragedias de la libertad (Roma libre, Virginia y Cayo Graco)*. Cádiz. Ayuntamiento. 2009, 397 pp. (Biblioteca de las Cortes de Cádiz; 8).

Por Eva Llergo Ojalvo

Cuenta la editora que Vittorio Alfieri fue, en la Italia de comienzos del siglo XIX, uno de los principales abanderados de los ideales de libertad y espíritu cívico promulgados por los libertarios. Haciendo uso de su oficio de dramaturgo cinceló varias tragedias ambientadas en la época romana que planteaban curiosos paralelismos con la realidad del momento. Los liberales españoles se encontraban en 1812 en la cumbre de la exaltación de su ideología gracias a la promulgación de la Constitución gaditana, y percibieron las ideas contenidas en las obras de Alfieri como una conceptualización dramatizada de lo que se estaba viviendo en el país. La lucha que autores como Alfieri planteaban contra la tiranía era perfecta para arengar a las masas y continuar la política antinapoleónica que tanto había definido a los liberales gaditanos en los comienzos de la Guerra de la Independencia. Pese a la contienda, Cádiz nunca perdió el ritmo de sus actividades culturales; el teatro fue una de las más representativas, conscientes como eran los liberales de su poder sugestivo, de modo que no es nada extraño encontrar que varias de las obras de más alto contenido político se representaran por primera vez en la ciudad tomándole la delantera en los estrenos a la capital. Así pasó con el *Bruto primo* del propio Alfieri que, por obra y gracia del traductor Antonio Saviñón, quedó convertida en *Roma libre*. Pero Madrid también quiso darle la réplica a Cádiz en esta iniciativa y puso en marcha montajes como el de la *Virginia*, del mismo Alfieri, acomodada a nuestra lengua por Dionisio Solís con idéntico nombre, o del *Cayo Graco* de Vincenzo Monti, convertida al castellano por Agustín Juan de Poveda. No hay ninguna duda del uso arengador que se pretendía hacer de estas obras pues todas fueron representadas en momentos muy estratégicos: *Roma libre* para la celebración de la publicación de la nueva Constitución de la monarquía española; *Virginia* en el momento es que se votó la nueva asamblea y *Cayo Graco*, el día que los franceses dejaron definitivamente España. Asimismo, todas ellas exaltan el valor de la acción del pueblo, de un pueblo capaz de anteponer el heroísmo y el amor a la patria incluso a los lazos familiares. Su talante revolucionario era tan efectivo que las autoridades intentaron frenarlo encarcelando incluso a personalidades no políticas vinculadas a ellas como al traductor Dionisio Solís o a Isidoro Máiquez, el actor que asumió el papel protagonista en todas ellas.

Tras esta sugestiva introducción, la doctora Romero Peña consigue predisponer

tanto a los investigadores como a los curiosos para una lectura de las obras tan exaltada como debió de ser el visionado de los montajes en la época. Y no sólo con la introducción político-histórico-literaria que nos ofrece del clima de la época sino que, como haría un zoom cinematográfico, nos va acercando y guiando por la vida y obra de los autores de las obras, la situación de los traductores, e incluso retrotrayéndose al momento histórico de inspiración de las obras, la época romana, para ofrecernos unas coordenadas que anclan mejor nuestra lectura. Mediante una incursión en los análisis elaborados por la bibliografía especializada y en las opiniones que suscitó entre los contemporáneos recogidas en la prensa del momento, el abanico de información que la investigadora ofrece resulta de gran utilidad para comprender a fondo el contexto, la repercusión y la proyección que tuvieron las representaciones. Asimismo el análisis que lleva a cabo de los textos: la instrumentación del mensaje político y el recurso paralelístico que establece el autor entre las situaciones pasadas y presentes, la función de los personajes, las simbologías y sus aplicaciones, el uso de las unidades dramáticas, etc., desvelan el tremendo dominio que la editora tiene del teatro de la época y acaban de preparar al lector para las obras que tiene delante.

Y este despliegue de información previo es absolutamente necesario asumiendo que estas obras servían para una finalidad inmediata y concreta, inteligible para cualquier espectador de la época pero inaccesible para un lector actual que quiera llegar al fondo del asunto y que no cuente con este magnífico trabajo introductorio que ha realizado la editora. Y tan efectiva es su labor que uno, al acabar la lectura, es imbuido por el espíritu de la época, y siente tentaciones de ponerse en pie, aplaudir y gritar como hacía el público con Máiquez cuando él recitaba:

“A impulsos del hambre o de la espada.
¡Libres nacimos! ¡Libres moriremos!”

UÑA, Octavio. *Crónicas del Océano*. Prólogo de Luis Alberto de Cuenca. Madrid. Universidad Rey Juan Carlos. 2009, 120 pp.

Por *Julio Escribano Hernández*.

A nadie que lea el prólogo que hizo, en el año 2003, Luis Alberto de Cuenca para *Crónicas del Océano* le extrañarán las palabras que lo inician: “Octavio Uña Juárez, hombre de múltiples estudios y dilatados saberes”. Leyendo la edición publicada por la Universidad Rey Juan Carlos, el lector amante de la poesía total suscribe la pensada afirmación, a la que precede la clara y sincera nota del autor. En ella menciona la preciosa edición reducida y no venal de su obra, acompañada de más de treinta ilustraciones del pintor José Luis Galicia y patrocinada por el Ayuntamiento de Zamora.

Crónicas del Océano se ha gestado en los viajes del poeta por Venecia (Fondazione Cini), Australia (Universidades de Trobe y Adelaida), Nueva Zelanda (Universidad de Auckland), Egipto (Universidades de El Cairo y de Alejandría) y, sobre todo, por la riqueza de la lengua castellana, enraizada en la honda cultura del devenir humano.

Octavio Uña distribuye su obra en cinco apartados que marcan su experiencia viajera por el mar océano, que le “agrandó la patria” en palabras de Neruda: *A veces, Ruta de las especias, Milenio, Al Sur del Sur y Crónicas del Océano*. En el primero de ellos despliega su inspiración poética tras tan sugerente expresión: “A veces en las noches de la mar / miranse las estrellas fijamente y caen / heridas en sus ojos por azul o rotas / por cristales del alba”. Su poesía densa y conceptual pule lo mejor de Virgilio y hace brillar pasajes de su obra recordando a Palinuro, el piloto de la nave de Eneas; a los magistrados espartanos e incluso se permite en un poema ambientarlo con la conocida frase del libro primero de la Eneida: *Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt* (461-2). Además de Virgilio está presente en este libro la teología universal: “A veces por un hombre salva el pueblo / su inminente desgracia, como vence / un golpe de timón la hercúlea ola. / Que a veces hasta muere / un hombre por su gente, como se hunde / la primera trirreme por la mar / para la gloria / de la grave batalla”. Y también nos habla del amor, de la intimidad del alma y de la muerte: “A veces a los muertos reconforta / escuchar las palabras: si florece / por la cumbre el cantueso o si vestían / verdes trigos también las amapolas. / Que a veces a los muertos hasta alivia / ver cuchillos de luz lentos tendidos / cada día en la escarcha o si prosiguen temblando las estrellas. / A veces, por los juegos del ciprés / —su espesa lana— gozan / libertades de pájaro y se alegran / si bajan de la torre los anuncios / de la vida en domingo. / (Los muertos nun-

ca hablaron, nunca vuelven, /los muertos son un mar, pero conocen / señales de los astros).”

Los dieciocho poemas del marbete *Ruta de las especias* se inician con un recuerdo a Venecia, ciudad de poetas andariegos y comerciantes viajeros que conviven en mares de Oriente y Occidente: “A veces los que dicen habitantes / de gloria o santo cielo se entregaban / al tiempo del amor por altamar lejano. / (Ya ni argivo ni Circe por el ponto. / Sólo piel contra piel, sólo diluvios / de frondas seminales./ Rosa Afrodita con la tarde luce / senos al aire). Así como Pablo Neruda al partir para Birmania como cónsul de Chile comentaba “cuando salí a los mares fui infinito”, Octavio Uña siente esta infinitud del agua de la vida y como embajador del Duero hace poesía oceánica. El mar es su referencia, además de su maestro, y como el poeta chileno podría decirnos: “Necesito del mar porque me enseña: / no sé si aprendo música o conciencia: / no sé si es ola sola o ser profundo / o sólo ronca voz o deslumbrante / suposición de peces y navíos.”

Bajo el título *Milenio* pone voz a los efímeros males del tiempo, gotas en el inmenso mar: “Estas aras sagradas de los dioses de Olimpo [...] Ya no aplacan al fuego ni a la hidra, / como en días de Pérgamo. / Nadie gracias al sol, nadie a la estrella / su mirada y su brillo./ Nada dicen al gran río del mal / nada al destino. / Nadie invoca al amor, nadie a Afrodita / ni a su espuma de platas. / ¡Nadie liba a las aguas de la mar! / Nadie liba a las aguas de la mar, / nadie sal a sus almas. / Que sólo quieren el bronce por la piel / y para un año. /

Octavio viajó por Australia y Nueva Zelanda y bajo el epígrafe *Al Sur del Sur* nos abre su alma impresionada por la grandeza impensada e inenarrable del paisaje. Hay versos en su obra que por sí mismos podrían constituir verdaderos poemas, pero gracias a su maestría mantienen la unidad dentro del conjunto de la composición: “Que un poeta, te digo, no debiera / jamás mirar aquí”, pues con estas pinceladas impresionistas nos hace ver que la realidad rompe cualquier creación literaria o la más atrevida metáfora donde la naturaleza es siempre dueña y señora del arte. Los versos-poemas vuelan por Waiotapu. Lady Knox, Flinders, Auckland, Opito Bay, Coromandel, Clevedon, Bahía Azul, Océano Pacífico..., pero también se recrean en las Calderas de Teno, en el drago milenario de Icod siempre verde, en la Orotava, en la Gomera y en el gran paraíso canario.

Finalmente en *Crónicas del Océano* nos invita el poeta, hombre libre, a enamorarnos del mar o de la mar, a romper horizontes bajo la calma o la tormenta de sus aguas ilimitadas, a sentir la acogida amiga del puerto y, sobre todo, a sazonar el alma con la sal de la vida.

La Universidad Rey Juan Carlos a través de su Servicio de Publicaciones pone en manos del lector un excelente libro de poemas, impreso con la sobriedad propia

de los libros académicos que transmiten la ciencia y el saber. Sólo un fallo, producido por los duendes de las nuevas tecnologías y por la actual crisis económica, eclipsa parcialmente el resplandor y la belleza de esta obra: la exclusión de las ilustraciones del pintor José Luis Galicia, presente en la bella edición zamorana. Las ciento veinte páginas del poemario, sin embargo, nos comunican con un poeta contemporáneo, lleno de sabiduría, cuyos méritos esperamos sean reconocidos pronto por las altas instituciones de nuestra lengua.